

**E**SPAÑA fue —él mismo lo ha reconocido en el título de uno de sus libros— su primer amor. Y, sin embargo, nunca hasta ahora había pisado nuestro suelo. Vladimir Pozner era un joven novelista de treinta y cuatro años cuando el Comité francés de ayuda a los intelectuales españoles solicitó su colaboración. Las vivencias de los dos meses que pasó en Perpignan, tratando de sacar a los refugiados españoles de los campos de Argelès, de Saint-Cyprien y otros, donde habían sido reclusos tras atravesar la frontera, iban a dejar en su espíritu una honda huella. Casi un cuarto de siglo más tarde, con aquellas experiencias como sustrato, Pozner escribiría una novela apasionada: "Espagne, premier amour" (1).

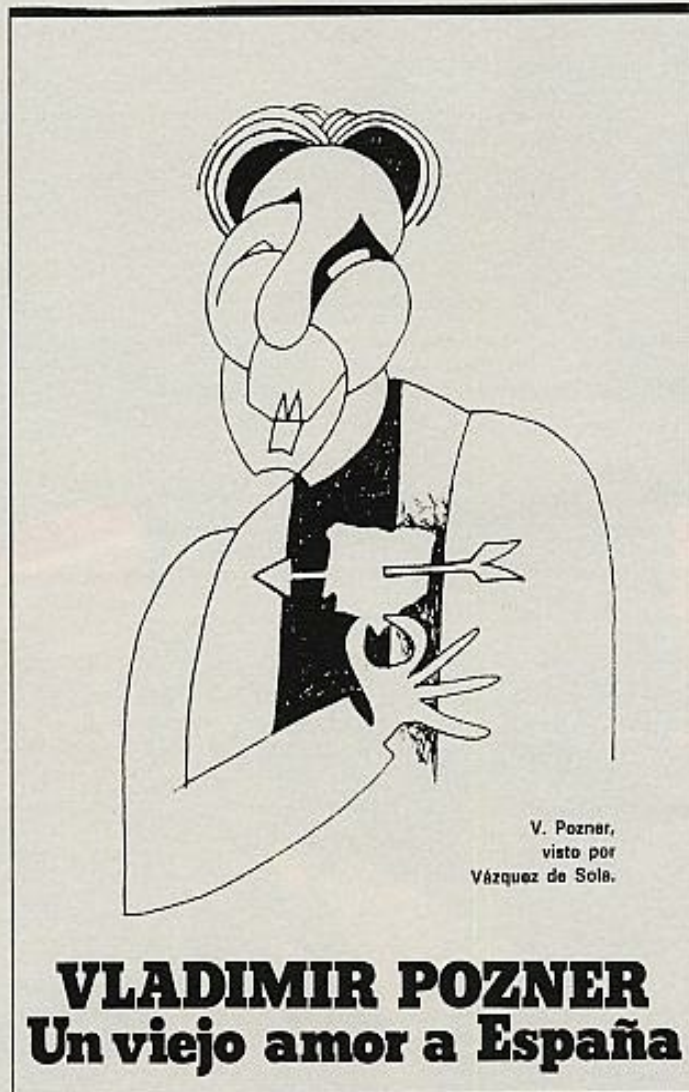
Aunque nacido en París —en 1905—, Pozner vivió parte de su infancia y adolescencia en San Petersburgo, de donde era su padre. Allí presenció el estallido de la Revolución bolchevique, y allí también escribió sus primeros versos. Fue el miembro más joven del grupo literario los Hermanos Serapion, del que también formaba parte Viktor Schklowski. En Rusia, Pozner conoció a Gorki, a quien luego visitaría en Alemania e Italia, y dedicaría, pasado el tiempo, un libro de recuerdos: "Souvenirs sur Gorki".

Sirva la publicación de estas respuestas suyas sobre el trabajo que desarrolló en el Comité de ayuda a los intelectuales españoles, como pequeño homenaje a quien tanto hizo por nuestros compatriotas en momentos especialmente dramáticos de nuestra historia más reciente.

**VLADIMIR POZNER:** "En realidad, yo no participé en la gestación del Comité. Me lo encontré todo hecho. Mi esposa y yo acabábamos de regresar de un viaje a USA —era a comienzos de febrero de mil novecientos treinta y nueve y la guerra de España todavía no había terminado—, cuando se me preguntó si estaba dispuesto a trabajar con el Comité de ayuda a los intelectuales españoles. Lo dirige Jean Cassou y contaba con diversos apoyos económicos, entre ellos el del periódico "Ce Soir", de Louis Aragon. Se trataba de sustituir a una persona en Perpignan que era el centro de actividades del Comité, ya que allí estaba la Prefectura de los Pirineos Orientales, de la que dependían los principales campos de refugiados.

"Acepté inmediatamente. Una vez en Perpignan, mi tarea consistiría en buscar contactos con las autoridades que me permitieran liberar por medios más o menos legales el mayor número posible

(1) No ha sido traducida al castellano. Otros libros de Pozner son: "Les Etats desunias" (1938), fruto de su estancia en USA; "Le mors aux dents" (1942); "Deuil en 24 heures", que tiene como telón de fondo la segunda guerra mundial; "Mille et un jours", fruto de un largo viaje por la Unión Soviética, y "Le mal de lune", la más reciente, que se desarrolla en nuestro satélite, después de que una explosión nuclear ha acabado con la vida en la Tierra.



V. Pozner,  
visto por  
Vázquez de Solá.

## VLADIMIR POZNER Un viejo amor a España

JOAQUIN RABAGO

de españoles. Yo tenía listas de nombres que me enviaban desde París. En algunos casos se sabía con certeza que el refugiado había conseguido cruzar la frontera; en otros, sólo se tenía una leve esperanza.

"Nosotros no éramos, sin embargo, el único comité de ayuda. Existían otros de distintos países, y en especial uno inglés, que se preocupaba de proporcionar mantas, zapatos y comida a los españoles. La mayoría habían llegado sólo con lo puesto, y en las playas donde estaban instalados los campos hacía frío, sobre todo de noche. No hay que olvidar que estamos en febrero. Para protegerse de la lluvia y el viento, constante en aquella zona, los españoles no tenían otro recurso que hacer hoyos en la arena o, si es que encontraban tablas o ramas de árbol, construirse algún refugio primitivo, como el que se construyó Robinson Crusoe al comienzo de su estancia en la isla.

"Allí había decenas y millares de españoles. Era como si el país vecino se estuviera quedando vacío. Al principio, los campos no estaban vallados, y a algunos españoles, que tenían conocidos en Francia, no les fue demasiado difícil salir. La mayoría, sin embargo, no tenía donde ir. Finalmente se levan-

taron alambradas y los trámites para abandonar los campos se complicaron extraordinariamente.

"Dos circunstancias facilitaron, sin embargo, mi labor durante los dos meses que ocupé aquel puesto. Primero, en la Prefectura de Perpignan me encontré a un funcionario que había sido editor mío algunos años atrás, y que me fue de gran ayuda. También fue fortuito el modo en que conseguí un salvoconducto para entrar en todos los campos. Un día, el general que estaba al cargo de la misión británica tuvo que entrevistarse con su colega francés, del que dependían todos los campos de refugiados: no sólo los de las playas, sino también los del interior, el de Gurse, por ejemplo, ocupado por miembros de las Brigadas internacionales, o el de Vernet, donde había también alemanes de las Brigadas y algunos generales republicanos españoles. Yo hice de intérprete entre ambos militares, y al acabar la conversación se me ocurrió quejarme al general francés de lo enojoso que resultaba tener que pedir un permiso especial para cada visita a un campo. El general, que debió de pensar que yo formaba parte del Comité británico, mandó que me expedieran inmediatamente una autorización válida para cualquier campo

de refugiados. Esto arregló muchas cosas.

"Yo, que había llegado a Perpignan sin saber castellano, a base de hablar con los refugiados, fui aprendiendo la lengua hasta hablarla con cierta fluidez. Esto era especialmente importante para tranquilizar a los españoles, a los que había que explicar exactamente cuál era nuestra misión. Dada la proximidad de la frontera, muchas veces temían que fuéramos agentes franquistas y trataráramos de devolverlos a su país.

"Cada vez que lograba localizar a alguien, volvía a Perpignan, trataba de obtener la autorización correspondiente y regresaba de nuevo al campo para comunicarle al interesado que podía salir. Los españoles tenían prohibido quedarse a vivir en los departamentos fronterizos. Se les dejaba en libertad siempre que los reclamaba alguien, pero se evitaba que fuesen a las grandes ciudades como París.

"Los nombres apenas me dicen hoy nada. Ha pasado tanto tiempo... Había en nuestras listas españoles de todas las profesiones: arquitectos, ingenieros, maestros, abogados. Me acuerdo de un arquitecto al que conseguimos liberar del campo de Agde. Creo que había construido las fortificaciones del Ebro. Su nombre se me escapa. También rescatamos a los dos hermanos de Pepe Renau: Juan y Alejandro. Uno era arquitecto y el otro mecánico. En realidad no nos limitábamos a liberar a intelectuales. Muchos no lo eran, al menos de oficio.

"Cuando salió el primer barco de refugiados españoles para México, mi misión ya había acabado. Pero acudí con mi mujer a Sète, para despedirlos. Allí viajaban muchos que habíamos contribuido directamente a liberar. Fue un momento emocionante.

"Unos meses más tarde nos tocaría el turno a nosotros. Alemania invadió Polonia y Bélgica. Como tantos otros franceses, fui movilizado, sólo por unas semanas. Tras la derrota y la formación del Gobierno de Vichy, mi esposa y yo hubimos de dejar Francia, camino de Tánger, Lisboa y, por fin, Nueva York".

Vladimir Pozner —pelo lacio y gris, ojos diminutos— tiene un hoyo bien visible en la frente, que le deforma la caja izquierda.

"Eso ocurrió mucho después, hacia el final de la guerra de Argelia. Yo había publicado en 1959 un libro de relatos sobre Argelia, "Le lieu du supplice", y había escrito sobre todo artículos en la prensa y participado en diversos mítines para explicar a los franceses por qué se había levantado el pueblo argelino y qué significaba nuestra presencia en aquella colonia.

"En febrero de 1962, es decir, un mes antes de los acuerdos de Evian, estalló en mi casa una bomba. Casi al mismo tiempo explotaron también en París otras dos: una iba destinada a Malraux, entonces ministro de Cultura de De Gaulle; la segunda, a un camarada del Partido Comunista. Yo fui la única víctima".